

EL LOMBARDERO HANS

En la hermosa ciudad de Granada, contando años de la segunda mitad del siglo XVI, vivió un lombardero teutón originario de la antigua aldea de Schwäbisch Hall. Se llamaba Hans y era alto, delgado y rubio. Buen soldado y excelente conversador se había granjeado la estima de sus capitanes y el cariño de sus compañeros.

Por aquél entonces Hans se recuperaba de la cuchillada que le habían propinado moriscos emboscados cuando patrullaban de noche por una angosta callejuela del Albaycin. Peor suerte tuvo su compañero Piñeiro, un cobarde que dejó el ánima en el envite. Él, al cabo, preservó la suya poniendo en fuga a los pobres expoliados gracias a su arrojo y valentía.

En el Hospital Real había de todo: pobres, enfermos de venéreas y soldados heridos durante la represión a los moros desgraciados. Allí conoció Hans a una gitanilla de no más de doce o trece años, huérfana de padre y madre, que cantaba como los ángeles y era alegre como un gorrión a pesar de su desgracia.

El mes de Mayo había llenado el patio del hospital de flores y libélulas y fue entre ellas donde Hans vio a Martirito por primera vez una mañana llena de luces y colores cuando aún se temía por su vida. Jugaba la niña a cantarle a las flores tonadas que ella allí mismo se inventaba.

¡Y cómo cantaba y reía la niña gitana! En un momento se ganó el noble corazón de Hans para siempre. Piel de aceituna, pelo castaño gitano y ojos color hierba de otoño completaban el singular encanto de la gitanilla y ayudaron no poco a devolver la salud al teutón.

El alcaide del hospital no entendía de luminarias ni le movían a piedad las desgracias y penas ni belleza, sin embargo. Pronto empezó a decir que la niña era superflua en la institución real y que, a pesar de sus pocos años, ya podía ganarse la vida por sí misma.

Y ya contaba con su camastro y alimento para la numerosa remesa de pobres gallegos que venían todos los meses.

El quinto día del mes de la diosa volvió Hans a su casa del Realejo. Aún no estaba completamente restablecido de su herida pero ya podía moverse y no tenía fiebre ni debilidades insostenibles.

Al día siguiente se plantó ante el alcaide del hospital reclamando a Martirito. Decía el buen soldado que la niña debía tener un techo donde cobijarse y él alguien que le hiciera la comida. El alcaide miró al teutón desconfiado y lleno de maledicencias. No iría el gigante a prostituir a la gitanilla y convertirse con ella en proxeneta.

Pero el alcaide no podía hacer nada. A pesar de los vientos y mareas de sus malévolas reticencias, el alabardero tenía la sartén por el mango. Se sabía que Hans era el ojito derecho del capitán Milfuegos y lo último que el alcaide quería era enemistarse con el bravo y poderoso capitán.

Firmó el documento de entrega de la niña al gran soldado y Hans firmó otro comprometiéndose a velar por la salud física y moral de la zíngara. Dos días después, arrastrando el magro hatillo de sus pertenencias, llegaba Martirito vergonzosa y con mucho miedo a la casa de dos plantas de la calle de los Molinos que ocupaba el soldado.

Ella no lo conocía del Real. Cuando Hans abrió la puerta, Martirito casi salió corriendo del susto. Aquel gigante pelopanocha de grandes ojos verdes y enormes manos la obligaba a mirar hacia arriba. Tanto que casi le dolió el cuello y el corazón empezó a latirle tan fuerte que creyó que sin duda se moría.

Hasta que el lombardero sonrió y su sonrisa bondadosa iluminó las piedras de la calle y llenó el zaguán de la casa de cálidas promesas. Entonces ya supo la gitanilla que no había nada que temer y sí mucho amor que esperar del gigante y de su casa. Nada decepcionó nunca esta intuición durante el tiempo en que estuvieron juntos.

Cinco años vivieron como si fueran padre e hija en aquella casa granadina. Ni a sus propios padres quiso Martirito como llegó a querer al bueno y valiente gigantón. Y es

que nadie que lo conoció pudo dejar de sentir una afición sincera por hombre tan ingenuo, inteligente y bienintencionado.

Para él, la gitanilla era como un tesoro al que había que cuidar y pulir. Fue muy feliz enseñándole todo lo bueno que él sabía y viendo como ella se iba convirtiendo en una hermosísima muchacha tan alegre y sabia como sus buenas raíces presagiaban.

Con todo ello, ella se plantó en los diecisiete y él rondando los cuarenta. Ya por entonces, Martirito era capaz de hablar la lengua tudesca, bien es verdad que en el dialecto suevo, el único que Hans conocía; leer, escribir y algunas nociones del derecho del soldado completaron el bagaje cultural de la muchacha.

Pero lo que llegó a hacer en grado sublime fue cantar. Hans, alemán en fin, sabía leer el pentagrama y tañer la vihuela. Ella superó a su querido maestro en tal grado que se ganaba la vida animando las fiestas de nobles y soldados.

La extraordinaria belleza e inocencia de la joven nunca fueron un problema. Todos entendían enseguida que el tratar de violentar su ingenuidad era tanto como hacer peligrar muy seriamente la propia vida. La presencia de Hans lo dejaba muy claro.

Fueron muy felices el teutón y la gitanilla gozando de aquél amor puro que a todos admiraba. Tanto que hubo alguien que no estuvo dispuesto a consentirlo por más tiempo. Que la naturaleza nunca permite la pervivencia de tamaños desequilibrios en felicidad y bienestar entre unos y otros, sin mirar aparentemente en la calidad de los seres a los que maneja.

Y es que por las cercanas cuestas de la Calderería vivía con sus padres ancianos Alí Almullah, un joven nazarí de la misma estirpe de bondad e inteligencia que Hans. Joven y valiente defensor de los de su raza y religión que vio un día a la gitanilla en la fiesta de un moro principal.

¿Y qué pudo hacer sino enamorarse perdidamente de ella? Tal y como le ocurrió al poderoso Don Iñigo también presente en la misma fiesta.

Pero el poderoso potentado de la chancillería no era ni joven ni hermoso sino de los libidinosos barrigones acostumbrados a la prevaricación, la crueldad y la lascivia. De la fiesta salió Don Iñigo decidido a hacer suya a la niña gitana a toda costa.

Tuvo que tener no obstante paciencia el taimado ricachón. Al otro día, recibió órdenes reales de partir hacia Andarax, bastión morisco por entonces, en lo más oriental de las Alpujarras. Su misión lo mantendría, al menos, dos meses ausente de Granada. Había comenzado la más encarnizada masacre de la guerra de las Alpujarras.

Más directa y valerosamente actuó Alí durante ese tiempo. Días después de la fiesta se hizo el encontradizo en el mercado de la Cuesta del Realejo donde Martirito iba a comprar cada mañana.

Sin decir palabra, pero con una sonrisa que podía abrirle las carnes a las abuelas, Alí ofreció una rosa roja a la muchacha. Martirito lo miró a los ojos con una leve sonrisa hacia el lado del ensueño de su boca y le devolvió galantemente la rosa. Después se marchó a su casa sin volver la vista.

La misma operación se repitió al menos cinco veces durante los siguientes días. Y con el mismo resultado. La cosa fue diferente con la sexta oferta del moro. Aquél día Hans acompañaba a la gitana.

Mientras se repetía la misma operación de los días anteriores, el soldado se entretenía en un puesto de cuchillos cercano. Cuando volvió la vista y vio lo que pasaba, la cólera se adueñó de él. ¿Quién era aquél mastuerzo sarraceno que se atrevía a molestar a “su niña”?

Hacia él se dirigió el lombardero bramando y maldiciendo. Cuando estaba a punto de estampar al moro en los zaguanes, Martirito se interpuso y respondió por él a su querido padre adoptivo:

“No le hagáis daño querido padre. Que sus rosas dicen hermosuras que yo bien entiendo como recatadas e ingenuas”

Hans miró torvamente a Alí. Entonces comprendió a la gitanilla. El rostro y apostura del muchacho eran una bendición de Dios y un regalo más de Granada. Sus hermosos ojos negros eran tan ingenuos como los de Martirito y no expresaban ni un ápice de temor.

El gigante se quedó pensativo unos instantes durante los cuales todo el pasado y futuro de la niña desfilaron como un figmento de luz por su clara inteligencia. Y lo comprendió todo. Dijo el buen soldado: “Vamos a casa. Allí hablaremos más tranquilamente los tres”.

El nazarí dio saltos de alegría y besó la enorme mano que un momento antes estuvo a punto de aplastarlo. Ya en la casa, Hans sirvió te moro para los tres. Ella trajo unos dulces con miel sobre arrayanes. Sentados en el patio, el buen soldado hizo sólo dos preguntas, una al muchacho y otra a la muchacha.

“¿Es ingenuo y verdadero tu amor, muchacho?”. Él le recitó una cávida que había compuesto para ella mientras miraba con amor sus ojos. El gigante no respondió nada.

“¿Crees que puedes llegar a amarlo?” Ella bajó los ojos y dijo: “Ya lo amo querido padre”. El gigante no respondió nada.

En adelante, ya fueron tres en la familia del soldado.

La boda coincidió con la llegada del ejército de Don Juan de Austria a Granada. Duró tres días y muchos la celebraron en el Realejo. Los gitanos el primer día, los musulmanes el segundo y el último una muchedumbre de cristianos.

Al quinto, Alí marchó con sus hermanos al valle de Lecrín para luchar por su defensa. Lo mataron alevosamente artilleros valencianos por los morabitos de Béznar. Luego, tiraron su cadáver al embalse donde desapareció casi al mismo tiempo que sus padres, asesinados sin piedad en Granada sólo por serlo.

Enterado Don Iñigo de estos acontecimientos fue inmediatamente a Granada a engrandecer la desgracia. Con diez de sus esbirros se dirigió a por su botín a la casa del soldado. Cien amigos cristianos, moriscos, gitanos y judíos protegieron a la niña.

El malvado llevó entonces a todas sus huestes de delincuentes, más de mil según las crónicas, con artillería y pertrechos. Masacraron a niños y mujeres pero no pudieron entrar en la casona, tal fue de valerosa y eficaz la defensa organizada por el descomunal y bravo soldado.

El asedio duró hasta que se promulgó el decreto de expulsión de los moriscos de Granada, ya por el mes de Julio. Entraron entonces los asesinos en la casa de Hans. Éste se abrió paso a sangre y fuego hasta la calle donde acabó con la vida del cobarde y miserable vizcaíno atravesándole el pecho con su propia espada.

Huyeron en el percherón del soldado en busca de Motril y el mar, protegidos por artimañas del fiel capitán Milfuegos, quien simuló un ataque morisco por Atarfe.

Dos meses después llegaban a la pequeña ciudad de Schwäbisch Hall, en la Suabia alemana. Él esperando la ayuda de sus amigos y ella al hijo de Alí que ya bullía en su vientre, pensando en reunirse con su amado una vez viniera al mundo su hijo.

Martirito se convirtió en Martirio, la de la triste sonrisa. Y Hans luchó sin éxito durante mucho tiempo por devolverle la joven flor de la vida. Era cada día más bella y respetable, cada día más ausente, a más distancia de la luz de su mañana.

Benalí vino al mundo el día catorce de Abril del siguiente año, siendo la comadrona la gorda y rubicunda Lisert y el asistente al parto el lombardero Hans.

También estuvieron muy nerviosos Otto, el enterrador, Erwin, el alcalde, y el posadero Albert y su mujer Helga, los buenos y viejos amigos de Hans que tanto se habían aficionado también a Martirito, obligados por su belleza, desgracia y extrema disposición al cariño y bondad.

Desde el mismo momento de su nacimiento, Benalí fue también una bendición de Dios, tal era de bello, inteligente, ingenuo y sonriente. Estas prendas hicieron sin duda que la gitana aplazara su decidido encuentro con la muerte.

Hans, muy versado en plantas medicinales, remedios y mejunjes, había montado una farmacia junto al puente Henker sobre el Kocher. Al poco tiempo, el establecimiento gozó de gran predicamento entre las gentes de Schwäbisch Hall.

Se decía que el ex soldado añadía a sus amplios saberes medicinales ciertos toques mágicos e invocaciones, aprendidas de los árabes, que, a veces, bordeaban el milagro curativo.

El saber de la gitana fue también muy apreciado e influyente. Muchos acudían a la casa que habían adquirido en un idílico recodo del Jagst, el otro gran río gemelo de la ciudad, en busca de la sabiduría y consejo de la bella y misteriosa gitana.

Pero lo que en verdad llegaron a ser famosas en toda la comarca fueron las reuniones de los sábados en la taberna de Albert y Helga. Sentados alrededor de una gran mesa rectangular, Hans, Otto, Erwin, Albert, Helga, Martirito y Benalí hablaban de lo habido y por haber, mientras la hijita de los posaderos corría entre las mesas y taburetes.

Sin saberlo habían establecido un precedente de lo que en el sur de Europa se conoció muchos años después como tertulias. Bien es verdad que más que en política o literatura, los contertulios de Schwäbisch Hall se empleaban en asuntos históricos y, sobre todo, contaban fantásticas historias y cuentos de los que han quedado algunos en el recuerdo de las gentes.

EL CUENTO DE OTTO

Otto von Humbert era el enterrador de Schwäbisch Hall. Calvo como un globo y también de enormes proporciones, había nacido y vivido toda su vida en la pequeña ciudad sueva. Se puede decir que no tenía mucho trabajo aunque al menos un par de veces cada mes clausuraba el tránsito por este mundo de algún finado, midiendo primero las dimensiones de su cuerpo, ajustándolo entonces a un tosco cajón de madera de pino que él mismo fabricaba y, finalmente, transportando la mercancía al cementerio

donde lo enviaba hacia la eternidad y el olvido mediante cristiana sepultura, con todos los respetos.

En realidad Otto era un tipo muy alegre y simpático. Todos sus amigos sabían que le gustaba con locura contar chascarrillos y, cuando lo hacía, sus diminutos ojillos violetas, casi desaparecían chispeando de entusiasmo y picardía.

Era alegre y simpático excepto cuando, ya de madrugada, contaba aquellas historias de terror que, decía, eran fruto de sus experiencias en los camposantos. Entonces su boca se contraía y sus ojos desmesuraban a las proporciones de los de una lechuza en su enorme rostro prusiano. Pocos sostenían dignamente sus relatos sin huir llenos de terror a sus casas.

Una noche, con todos los contertulios habituales a la mesa, Otto contó la siguiente e increíble historia.

Casi veinte años atrás, dijo Otto, un joven de su pueblo, aprendiz de carpintero, se enamoró de una bonita muchacha que vivía en una aldea vecina, a unas cuatro millas de Schwäbisch Hall. Cuando terminaba cada día su trabajo el joven recorría las cuatro millas en su yegua y permanecía en la aldea con la muchacha hasta bien entrada la noche. Se volvía entonces a su pueblo a lomos de su fiel montura.

Sus amores fueron castos hasta que cierto día en el que los padres de ella habían hecho el camino inverso al suyo, los jóvenes aprovecharon la oportunidad y consumaron su amor en un pajar de la casa. Entretanto se presentó la peor ventisca de viento y nieve de hacía muchos años.

Cuando se disponía a volver a su casa, constató que alguien había aprovechado también su exaltación amorosa para llevarse a su querida yegua.

Gritó, buscó, llamó y se desesperó, pero nada. Ya el animal estaba a buen recaudo. No le quedó más remedio que renunciar y comenzó a caminar hacia su pueblo por donde supuso podía estar el camino.

Entretanto la tormenta arreciaba. No podía ver nada y la nieve casi le llegaba a la cintura. Hacía un frío aterrador. Para no congelarse el joven se mantuvo en movimiento.

Al poco rato, tuvo que aceptar que se había perdido. No había ni una luz orientadora. Él continuó no obstante su penoso camino por la nieve.

Cuando llevaba ya una hora en su extravío y las pequeñas agujas de hielo amenazaban herir sus pupilas, no quedaba ya músculo en su cuerpo que no fuera un insostenible martirio; llorando y tiritando, se dio de bruces con lo que le pareció la puerta de un corral. Su alegría se convirtió en terror cuando vio dos inmensos ojos crueles a dos palmos de los suyos.

Aquél descomunal pastor alemán solo emitió un leve gruñido y se dispuso enseguida a destrozar al joven. Éste, que afortunadamente ayudaba su penoso deambular por la nieve con un buen tranco de madera, golpeó con todas sus fuerzas las fauces de la bestia y huyó con sorprendente rapidez perseguido por el enfurecido perro asesino.

Ni veinte metros duraría su carrera. Pronto se encontró debajo del corpachón de la bestia. Iba ésta a hundir ya sus colmillos en el cuello del joven cuando se oyó un grito aterrador y extraño que puso en vilo a la naturaleza. Fue como si se detuviera la tormenta a las puertas del infierno.

El imponente animal huyó aterrorizado gimiendo hacia su cobijo y el joven hizo lo propio en dirección contraria, a través de una naturaleza suspendida.

Una gran reja de hierro lo detuvo. Empujo con todas sus fuerzas y la puerta le cedió el paso. Ya al otro lado, la cerró de nuevo rápidamente. Estaba a salvo de los dientes del pastor y se dejó caer sobre la nieve arrastrando su espalda por el muro de piedra.

Estaba exhausto pero, por el momento, había salvado el pellejo. Cerró los ojos y dejó descansar su cuerpo unos instantes. Enseguida notó que la nevada lo estaba enterrando. Se levantó de un salto. Estaba en un cementerio.

Vio las tumbas temblando entre la nieve. Blancas como tartas que estuvieran ellas mismas nevando sobre el cielo. “Estoy salvado”, pensó lleno de esperanza; siempre habría algún panteón o tumba de los ricos que le ofreciera algún cobijo durante lo que quedaba de aquella espantosa noche.

Entonces recordó el grito aterrador que lo había salvado de la muerte. Un incontrolable escalofrío fue capaz todavía de recorrerle el espinazo.

Fue algo inhumano. Como venido del más allá. Como de un alma padeciendo los tormentos del infierno. De nuevo el mismo grito que otra vez congeló la nieve. Que de nuevo suspendió la naturaleza y llenó esta vez su alma de angustia y de un inmenso terror inconcreto y desconocido. Y ahora él pertenecía al alarido. De pronto el cementerio entero adquirió un color rojizo y se despojó de nieve.

Aquello duró sólo unos segundos. La calma de la nieve y el viento volvieron enseguida. Notaba que el hálito frío de la muerte ya le atenazaba la garganta. Debía apresurarse. Y el muchacho buscó cobijo por las tumbas. Lo encontró en un gran panteón cuya puerta tenía la cerradura carcomida. No le resultó difícil violentarla. Entró en la gran tumba de los pobres.

Hacía frío pero estaba a resguardo de la nieve y el viento. Se animó el muchacho y con trozos de madera de una caja y el pedernal y yesca que siempre llevaba en sus bolsillos hizo fuego en el centro de la sala. El calor le devolvió todo su valor y la esperanza.

Tanto se animó que decidió escribir su aventura de aquella noche con un carbón en el suelo. Lo hizo con su letra pequeña y de forma minuciosa.

Cuando acabó de escribir pensó que si miraba los nombres de los difuntos de aquella sepultura común, tal vez podría descubrir de qué ciudad o pueblo era aquél cementerio.

No tardó mucho en percatarse de que se encontraba en la sepultura de pobres del camposanto de su pueblo, Schwäbisch Hall. Algunos nombres conocidos de difuntos recientes así lo atestiguaban. Continuó su investigación ya más por curiosidad y por matar el tiempo que por otra cosa.

Llegó así hasta una caja extraña. Pertenecía sin duda al difunto más reciente. La tapa estaba levantada y el muchacho no pudo resistirse a la tentación de mirar en su interior. Estaba vacía. Extrañado y un poco temeroso, miró entonces el nombre que aparecía debajo.

A la luz del fuego, pudo leer el nombre completo del difunto; en realidad su propio nombre y la misma fecha del día que ya estaba amaneciendo: el quince de Febrero.

Entonces oyó de nuevo el grito desgarrador.

Lo encontró Otto al día siguiente cuando iba a apañar un poco el panteón de pobres. Nadie pudo explicarle al enterrador como pudo salirse de la caja el cadáver del muchacho que había depositado allí el día anterior, muerto al caerse del caballo cuando volvía de una aldea vecina, a pesar de que hacía una noche hermosa y despejada.

Menos entendió el pobre gigante los restos de una hoguera y lo que había escrito en el suelo. Más aún así, el valiente enterrador devolvió el cadáver a su caja del olvido.

Pero salió de estampida cuando oyó un grito espantoso e inhumano que retumbó en las cuatro paredes del sepulcro. Nadie fue capaz de darle explicación de lo que sus ojos habían visto y sus oídos oído ni de creerlo.

Luego se enteró de que la joven objeto de los amores del muchacho murió loca por las montañas de Heidelberg algunos años después.

El cuento de Otto produjo efectos devastadores en el valor de todos los presentes, excepto Martirito, la cual intentó tranquilizar a los contertulios con una explicación propia de gitanos.

Al cabo del tiempo, aún se discutía si había sido el cuento de Otto o la misteriosa explicación de Martirito lo que había producido más espanto a los confiados y valerosos contertulios.

EL CUENTO DE ERWIN

Erwin Martin era alcalde de Schwäbisch Hall desde hacía ya muchos años. Más rubicundo que Apolo y más flaco y alto que Quijano el Bueno, componía una figura agradable. Soltero empedernido, fue objetivo ineludible de casadas y solteras y el ojo del huracán de muchas habladurías en el pueblo.

Como alcalde fue tan apreciado y bueno que sus normas y consejas llegaron a imprimir carácter a leyes que aún hoy en día están vigentes e impresas en los libros de muchos ayuntamientos de la comarca.

Así pues, activo y tarambana con las hembras y justo, imaginativo y honrado en cosas de ayuntamiento. Mitad de una cosa y otra se mostraba en la tertulia de la taberna en la que gozaba de mucho prestigio y amistad.

Había nacido en la ciudad de Kiel en el mar Báltico donde pasó los días de su niñez y primera juventud. Allí desarrolló su gran afición por los cuentos y sagas escandinavas de las que llegó a conocer la mayoría, tanto sobre salvajadas de vikingos como sobre las de los daneses. Cuando de vez en cuando relataba sus leyendas, su estilo ameno y misterioso encandilaba a todos. Un día contó la siguiente historia.

Sabed, dijo el alcalde en tono misterioso, que en el reino de Dinamarca hubo una dinastía de reyes cuya crueldad y locura se transmitía de padres a hijos como el mayor legado de su herencia. Sabed que uno de estos reyes fue asesinado y su esposa, madre por entonces de un heredero ya bien mozo, contrajo segundas nupcias con su cuñado que era casi tan joven como su sobrino. Sabed que el heredero añadía la hipocresía y un sesgo sutil de comediante a la locura y crueldad propia de la nauseabunda familia.

Thamel creo que llamaban al mal nacido príncipe el cual, malévolamente obseso por el cuerpo de su madre y el trono de su padrastro, decidió urdir una gran mentira que le

llevara a la vez al trono de su tío y al lecho de su madre sin tener que esperar a la muerte natural de aquél y a que se leajaran los pechos a ésta.

No fue este su primer intento desde luego, pues fue Thamel quien asesinó a su propio padre en su locura por el trono y llegar a ser como el Edipo clásico. Más el príncipe no contó entonces con las leyes y deseos de su pervertida madre y su intento falló lastimosamente, precipitándolo en un abismo de mentiras y de sangre.

Y fue el caso, dijo el alcalde Erwin, que, aprovechando la ignorancia y superstición de los cortesanos, Thamel convenció a muchos de ellos de que era visitado por el fantasma de su padre y de que éste le dijo que fue el rey quien lo envenenó mientras dormía. Ya casi tenía convencida también a la reina de su burda superchería cuando el rey, enterado de ésta por un chivatazo interesado, tomó cartas en el asunto para protegerse de la vesania de su monstruoso sobrino. Y actuó en consecuencia inmediatamente.

Como miembro genuino de tamaña familia, el rey era también taimado, así que reunió la corte y le hizo la siguiente propuesta. “Mirad señores que los reinos vecinos traman nuestra perdición y que, para defendernos, he pensado que nuestro amado príncipe Thamel vaya en busca de alianza a la corte de moros de la ciudad de Córdoba, la más poderosa entre todas. Con un ejército sarraceno en Dinamarca ningún bastardo vecino osará atentar contra nosotros. A cambio enviaremos a Córdoba una legión de nuestras mujeres pues he sabido que los moros se pirran por las rubias de bustos generosos.

La propuesta del rey fue recibida con entusiasmo, sobre todo por algunos cortesanos que pensaron así librarse de sus cónyuges, a tal punto había llegado la corrupción y la perfidia en aquél reino bárbaro.

Y de esta forma se aprobó y ordenó al otro día. La nave partió con Thamel custodiado por dos capitanes y un grupo de soldados. Al pasar frente a las costas inglesas, el príncipe huyó en una barca aprovechando las sombras de la noche. Había pensado que el fracaso de sus planes era debido a que no poseía todavía la formación suficiente en villanías y que, en Inglaterra, podría alcanzar su doctorado fácilmente. Tal era la fama de taimados que tenían los habitantes de la isla por entonces.

Ya en las costas de Cornualles, el príncipe durmió lo que quedaba de la noche y, al otro día, se puso manos a la obra. Disfrazado de mago, entró a servir en la corte de los reyes sajones y allí pronto aprendió lo poco que le faltaba para convertirse en un verdadero cínico asesino. Todo lo que tuvo que hacer fue observar y tomar nota. No faltaron ejemplos y situaciones en los que sus anfitriones actuaron de maestros de la sutil escuela y él de alumno aventajado.

Cuando los tripulantes de la nave descubrieron la fuga del príncipe se creyeron perdidos. Más enseguida decidieron continuar su viaje hasta España y esperar en la corte califal noticias de las correrías del malvado joven. Después de todo, si venían mal dadas, en Córdoba estarían a salvo; y si el príncipe hubiera muerto o no volviera a su corte, la responsabilidad sería para los mahometanos del califa.

Pero el príncipe volvió a su tierra cuando no había pasado ni un año de su partida. No lo hizo a las claras sino que se empleó como peón de tumbas en el cementerio, pues como tal se enteraría de todas las noticias de palacio y podía desarrollar su gusto impío por filosofar con las calaveras y huesos.

Provocó la muerte de todos, él incluido, a la primera ocasión. Rey, reina, cuñados, parientes, nobles y criados, tirios y troyanos, cayeron por veneno o espada, fruto de su voluntad o de la mala suerte o la desgracia, pero todos a consecuencia de sus acciones desmesuradas. No quedó ni uno. Ni él siquiera.

Fue tal su instinto depredador de reyes y noblezas que Dinamarca se quedó sin monarquía ni aspirantes cualificados al trono y el pueblo se vio obligado a promover una república, la primera que vino al mundo no instigada por una revolución de los villanos.

Durante el tiempo que duró ésta, Thamel fue considerado el héroe y más grande instigador de la primera y única revolución que promovió la misma nobleza. No duró muchos años sin embargo pues se originó contra natura. Pronto príncipes ávidos de trono venidos de otros países restauraron el reino y el nombre de Thamel fue borrado de todas las crónicas, como si se tratara de un traidor al concepto mismo de nobleza, siendo así que él jamás sintió el menor apego por los campesinos y comerciantes.

“¿Qué fue de los tripulantes de la nave?”, preguntó a esta sazón muy interesado Benalí. Erwin sonrió e hizo una pausa. Entonces reanudó su relato diciendo: “Al cabo de un tiempo aparecieron por los palacios y jardines del Profeta degustando el placentero refinamiento de los árabes. A tal punto llegó su integración a las costumbres y creencias musulmanas que, durante muchos años, corrió por Al Andalus la leyenda de unos daneses que en Córdoba olvidaron su lengua madre y tornaron en oscuros y rizados sus cabellos”.

El cuento de Erwin desconcertó un poco a los contertulios de Schwäbisch Hall. No entendieron bien la historia tal como la contó Erwin. Al pasar el tiempo fueron entendiéndola mejor, sobre todo cuando con el cambio de siglo empezaron a llegar noticias al pueblo de los dramas de un escritor inglés que les hizo recordar y entender mejor la historia del alcalde.

LEYENDA GITANA

En una noche de tertulia de Navidad, cuando ya habían transcurrido muchos años, Martirito volvió a cantar. El mejor vino del Rhin se convirtió en vinagre en la bodega y afuera se inquietaron las lechuzas.

Cantó con la voz desgarrada y el duende gitano de la pena. ¡Y cómo cantó Martirito! Era un grito nuevo que hizo imposible el porvenir de la luna, un inédito alarido que arruinó el futuro de los pájaros. Fue una queja inaudita que avergonzó todas las conciencias y puso huevos en las almas.

Aquella fría noche de invierno, hija de gitanos, moros, amores y tristezas, vino al mundo la siguirilla, en un pueblo teutón casi enterrado en nieve, rodeada por un enterrador, un alcalde, un ex soldado valeroso, un niño de raza imposible y taberneros buenos.

La siguirilla gitana y mora, nieta de nostalgias andaluzas y penas de sangre nació en Schwäbisch Hall, a finales de un siglo que se cobró mucha sangre de los pobres. Por eso vino al mundo entre la nieve. Schwäbisch Hall fue el lugar exacto y único posible.

Cantó a su gran pena. Al tierno Alí asesinado por artilleros valencianos y al agujero de su alma. El canto no pudo detener el avance del abismo y Martirito se entregó entonces a lo irremediable, a la más hermosa de las tragedias.

Cuando terminó de cantar, tenía toda la sangre en el regazo y las lágrimas de los presentes habían abierto grietas profundas en la gran mesa de madera. La gran gitana había creado aquella noche el canto madre de todos los cantares. El más profundo lamento de la pena.

Tres días estuvo después con fiebre Martirito, rodeada por todos. Hans se estaba muriendo con ella. Al amanecer del cuarto día los encontraron muertos. Ella con una flor blanca de nieve y el nombre de Alí congelado entre sus labios. Hans con la luz de sus ojos perdida por el sur y su enorme mano tratando de proteger el alma de su niña.

Esparcieron sus cenizas por los morabitos de Béznar, un viernes santo muy triste de Granada, mientras una luna leprosa se rendía para siempre a los influjos de los poetas sin nombre destinados al olvido.

Benalí, Otto, Helga y su pequeña, Erwin y Albert jamás pudieron ni quisieron olvidarlos. Benalí se fue a vivir al cabo de un tiempo a Venecia donde contribuyó decisivamente al desarrollo del Renacimiento, como tantos otros moriscos anónimos de Al Andalus. Murió finalmente en la Granada pobre y mezquina de sus sueños, maestro de siguirillas entre moriscos y gitanos buenos.

FIN DEL LOMBARDERO HANS

Lixus de Lukus

Madrid, 23 de Enero de 2007

